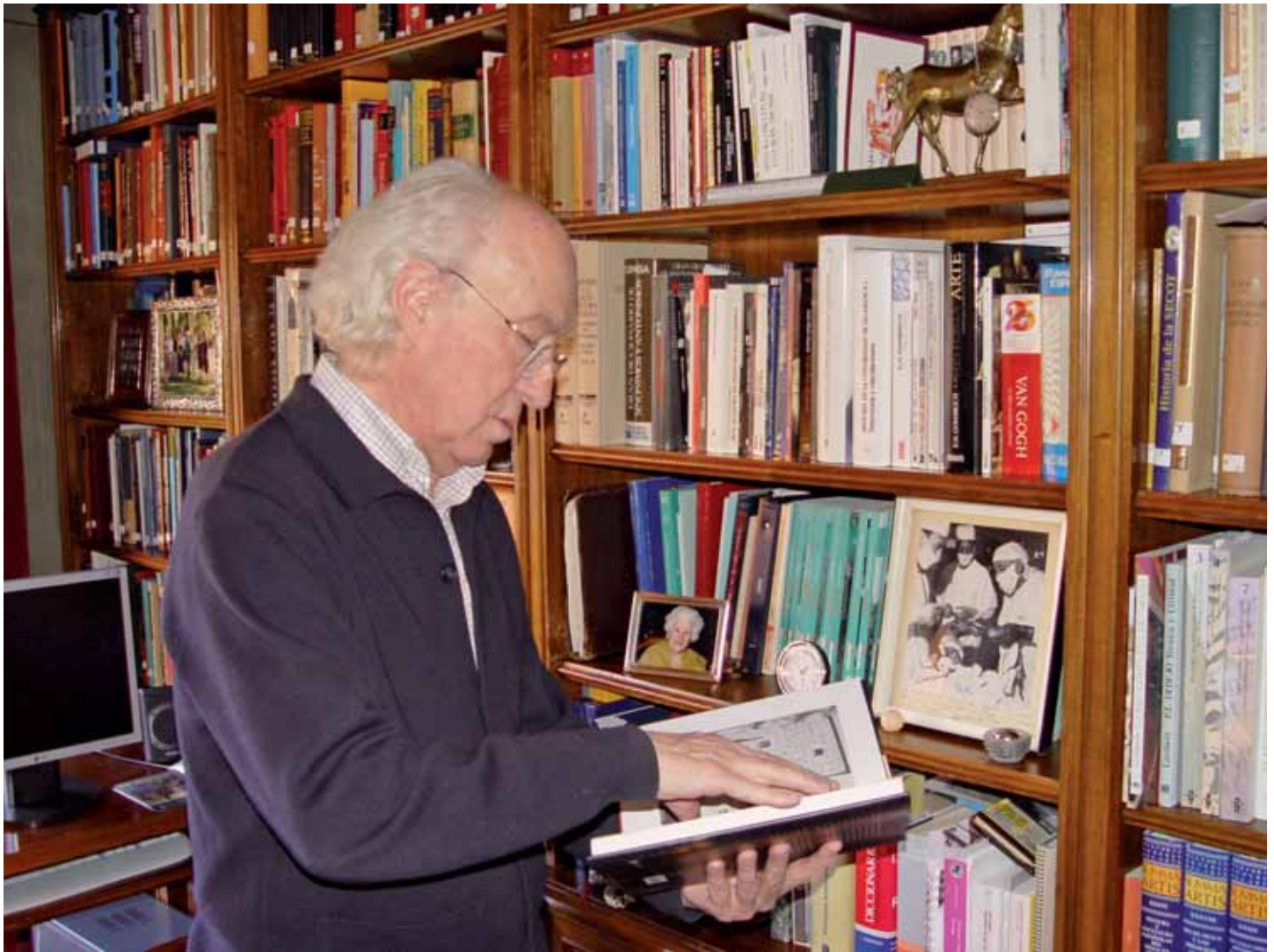


JOSÉ ALMEIDA

Exposición Antológica



CASINO DE SALAMANCA




PRESENTACIÓN

Constituye una triple satisfacción que llegue a la nueva Sala de Exposiciones del Casino de Salamanca, la primera Exposición con el carácter de “antológica”; que lo sea de un conocido salmantino y buen amigo; y que éste tenga la condición de socio de nuestra mas que centenaria entidad. Se trata de José Almeida Corrales, médico humanista, que nos muestra una recopilación —desde luego, selecta—, de las obras artísticas de toda su dilatada vida, con todo lo que una antología entraña y ofrece a los visitantes, para comprender al autor. Pepe Almeida, que nació a los pocos días de proclamarse la IIª República, posee una biografía personal, profesional y artística realmente conmovedora. En lo que a esta presentación atañe, celebro extraordinariamente que como creador acabara aprobando en su madurez, con notorio éxito, su vital “asignatura pendiente” de niño y joven dibujante. Y también que la ofrezca generosamente a cuantos acudan a verla en nuestra Institución.

ALBERTO ESTELLA
Presidente del Casino de Salamanca





Tiene Almeida limpio el trazo
y la mirada,
y una pasión que le desborda
y le inflama,
pasión por una piedra dorada,
que es arena
al cielo levantada,
esculpida en mil años
de historia larga,
y en la que el sol se mira,
a la alborada
y cuando la tarde se acaba.
Sueña Almeida con la piedra
de oro y grana,
y todos los días la busca
y le habla,
y la esboza y la piensa
y la capta,
y el día que no la ve
siente que algo le falta.
Pasea Almeida entre columnas
de dorada melaza,
claustros silenciosos,
restos de murallas,
iglesias antiguas
y pozos ya sin agua.

Y le hablan a Almeida
las piedras calladas
y le cuentan historias
nunca contadas,
de amores escondidos
y pasiones ya pasadas,
de ilusiones perdidas
y de vidas quebrantadas,
conspiraciones y guerras,
y sangrientas batallas,
del discurrir de la vida
en la ciudad dorada.
Y escucha Almeida la piedra
y la siente y la palpa
y la dibuja extasiado
en delineaciones de agua,
en folios de fino trazo
o en lienzo sobre tabla.
Y siente Almeida la piedra
y la compone y acicala,
la embellece y engalana
y la describe y la narra.

Tiene Almeida un amor
que se llama Salamanca.

IGNACIO DÁVILA. *Médico y poeta*



GENIO Y FIGURA...

“La Medicina son mis raíces, el Arte mis alas”.

Don José Almeida Corrales, médico y pintor. O Pepe Almeida, amigo, médico y artista.

Pero si nos ponemos más estrictamente cronológicos, hay que decir: don José Almeida, dibujante, médico y dibujante. Dibujante en primer lugar, porque muy pronto lidió con el dibujo como con un segundo lenguaje, como otro medio de relación con su mundo recién inaugurado. El caso de Pepe es un caso claro de bilingüismo innato: el oral y el manual artístico. Signos y símbolos de consuno.

Si ahora nos ponemos paremiológicos hay que recordar algunos refranes: Lo que se coge con el capillo (del bautizo) se suelta con la mortaja. O también: A quién Dios se la dio, san Pedro se la bendiga. Y Pepe, tocado por la mano del arte desde la cuna, cogió el lápiz casi antes que las palabras. Él mismo cuenta que de muy niño, cuando aún no dominaba el lenguaje (¿cuándo se domina?), para ser entendido cuando se refería a un objeto o utensilio que no definía claramente, cogía un lápiz, lo dibujaba y así lograba hacerse entender. De ahí su idea de que el dibujo es lenguaje, comunicación y síntesis. También expresión, porque le valía cualquier papel para infantiles garabatos expresivos.

Más tarde, en sus enseñanzas primaria y secundaria, su facilidad para el dibujo era uno de los elemen-

tos descollantes de su carácter de alumno y fuente de envidias (y también de peticiones de ayuda) por parte de sus compañeros, a los que –seguro- echaba una mano en los deberes de dibujo, en una joven versión del dibujo solidario.

Y ha salido la palabra mano y ahora nos tenemos que poner etimológicos, que es decir casi proféticos en este caso porque de destinos se trata. O, lo que es lo mismo, porque creemos encontrarnos ante un caso claro de predestinación. Don José Almeida Corrales fue médico cirujano. Y etimológicamente cirugía viene del griego *kheir* (mano) y viene a significar “trabajo manual”, “práctica de un oficio”, porque *kheirurgós* (cirujano) es el que trabaja con las manos en el quirófano, es decir, en el lugar donde las manos tienen que quedar más patentes y expeditas; en el lugar donde se opera, que es lo mismo que decir donde se obra; y aparece, como un venero, la palabra obra, palabra clave en el arte: la obra, la obra artística, mi obra...

Pero Pepe es también dibujante o pintor (¿tanto monta, Pepe?), es decir, practica una (o dos, por lo dicho) de las artes plásticas. Y plástico viene también del griego *plastikós* que significa “lo que puede modelarse o amasarse o plasmarse con las manos”, “lo que puede recibir su forma con las manos”. Y otra carambola etimológica, pues plasma (palabra tan querida de los médicos) etimológicamente significa también forma.

O sea, que etimológicamente Almeida, por designación de destino, se ha dedicado a las profesiones donde las manos ejercen sus oficios más sublimes: o



mediante el culto al fuego sanador de la Medicina o mediante la llamarada estética del Arte. Y ahora nos entra la tentación de llamar a Pepe quiromántico en el mejor sentido de la palabra, porque ha hecho, en sus dos profesiones, magia con sus manos. A este respecto, hay una cita de Leonardo da Vinci que a Pepe Almeida le gusta motivadamente traer a colación: “La mano es el cerebro externo”. En este sentido, se podría decir que la biografía de Pepe Almeida es la biografía de un obrador o de un obrero (etimológicamente es lo mismo) de la salud y del arte.

A Almeida la esperaba el dibujo incluso sin él saberlo, cuando ya acabado el bachillerato, tenía que decantarse por una carrera. Primero pensó en hacer Arquitectura, ciencia, y también arte, en la que el dibujo es primordial. Pero avatares diversos torcieron su intención y, ya sí, empezó a cursar los estudios de Medicina. Podría parecer que Pepe se olvidó del Dibujo, pero no del todo como testimonia algún cuadro o dibujo de los años de estudiante de Medicina que ahora podemos ver.

Acaba Medicina, y el ejercicio de su profesión, la urgencia del pan de cada día, los desvelos de la paternidad, el ascenso profesional y el “aggiornamento” continuo de sus saberes (médico concienzudo) parecen hacerle olvidar aquel lenguaje infantil, tan primigenio en él, ahora un tanto borrado por otros lenguajes más perentorios (el verbal y el sintomático). Sin embargo, el arte, la plástica, si no pasaba entonces mucho por sus manos, sí lo hacía por su cabeza, o por su corazón. En sus poquísimos ratos libres, leer de Arte y ver Arte eran su solaz y el descanso de su azacaneada profesión, su violín de Ingres. Y quizá, en medio de la Medicina, más que afición y descanso. Viendo la biblioteca de Pepe uno se da cuenta de su afición artística cuando, entre tantas monografías sobre Arte, ve que tiene el Espasa del Arte, la enorme colección del Summa Artis. El Arte para él era más que un divertimento, más que una afición.

Si ahora nos ponemos afectuosos, se puede decir que, a quien esto escribe, la relación de Almeida con la Pintura (o quizá sea mejor decir con el Dibujo) le hace pensar en una relación amorosa de esas que se inician en la infancia (el primer amor, los primeros sueños), se rompen luego en una separación causada por los avatares de la vida (hay que vivir, hay que comer), aunque sin un olvido de la persona amada, y finalmente acontece el reencuentro definitivo y ya para siempre. El ejercicio de Pepe con el Arte quizá se compare mejor con un Guadiana de corrientes ocultas en trechos vitales.

Si ahora nos ponemos literarios, la relación de Almeida con la Pintura (o quizá sea mejor decir con el Dibujo) le recuerda, al menos para quien esto escribe, la relación de Juan Ramón Jiménez con la poesía, resumida por el poeta con unos inspirados y certeros versos: “Vino, primero, pura, / vestida de inocencia. / Y la amé como un niño. / Luego se fue vistiendo / de no sé qué ropajes. / Y la fui odiando sin saberlo. / Lle-

gó a ser una reina, / fastuosa de tesoros... / ¡Qué iracundia de hiel y sinsentido! /... Mas se fue desnudando. / Y yo le sonreía. / Se quedó con la túnica / de su inocencia antigua. / Creí de nuevo en ella. / Y se quitó la túnica, / y apareció desnuda toda... / ¡Oh pasión de mi vida, poesía desnuda, mía para siempre!”. Igual en Almeida: dibujo joven e inocente, observación de los grandes artistas de verdades y oropeles, y reencuentro actual, de identificación definitiva, porque Pepe ya dibujará hasta el final.

Debemos hacer ahora un inciso poniéndonos biográficos. Esta exposición, aunque pequeña, es una exposición antológica. Lo que quiere decir que pretende mostrar toda la trayectoria artística de José Almeida, por lo que se ha pretendido que los cuadros aparezcan en un –relativo- orden cronológico de forma que el espectador perciba las jornadas, las singladuras y los itinerarios. Y que vea la realidad actual y, quizá, perciba la meta futura.

Ya hemos dicho que, desde pequeño, Pepe se sentía inclinado a dibujar como medio de recreo, pero también como medio de comunicación y de expresión. Entonces era inocente él e inocente su dibujo, puros ambos, como en el poema. De ello hay un testimonio entrañable: una aguada en blanco y negro de una fábrica textil de Béjar. El artista debía transitar los 14 o 15 años. Sorprende que no fuera tentado por el color y extraña su verismo adolescente. Pero no le gustó el resultado y lo rasgó, cruel más que justiciero. Sin embargo, su madre lo rescató y lo pegó con celo maternal y con “cello” del que dejaba huella, mancha. Está en la exposición con su entrañable historia de exigencias y cariños maternos.

Años más tarde, ya cursando Medicina, ensayaba nuevos materiales, nuevas técnicas y pintó algunos óleos. El arte de Pepe se fue vistiendo de diversos ropajes, como la poesía juanramoniana, y Almeida se

fue alejando algo de la Pintura porque el médico que es él ya quiere diseccionar la entraña del Arte de una forma que podemos llamar maniquea y hasta ecologista. Pepe cree en esos días sobre todo en el Dibujo y lo opone a la Pintura, esa reina plástica fastuosa. Hemos dicho que Pepe defiende el Dibujo contra la Pintura de una forma que hemos llamado maniquea, pues cree que la Pintura no es más que el Dibujo disfrazado de superfluidades y enmascarado de oropeles, y ecologista, pues cree que el Dibujo no es más que la Pintura sin aditivos, sin conservantes ni colorantes (y nunca mejor dicho, porque –pensaba él entonces- la Pintura en la obra artística aporta lo accidental mientras que el Dibujo que aporta lo esencial). Pepe llega a decir, más o menos, que la Pintura es Dibujo más colores.

Esta diferencia e incluso oposición, entre la Pintura y el Dibujo, no la cree -o la creía- sólo José Almeida. El gran pintor salmantino Zacarías González, que escribió acertadamente sobre las diferencias entre la Pintura y el Dibujo, llegó a decir: “El dibujo es como un señor de cierta edad, muy serio, muy digno, al que hay que respetar, aunque a veces se le caiga alguna pedantería. Con la pintura no pasa esto. Es como una chica que tenga hasta un poco de fama dudosa. Es decir, que con el dibujo no se puede jugar y con la pintura sí”. Y puestos a apoyar las diferencias entre Pintura y Dibujo, otras palabras, ahora de John Berger: “Cualquier actividad artística es una forma de dibujar”. O sea, que va a ser que el Dibujo es el sustrato de la Pintura, como dijo alguien que ahora no se recuerda. Actualmente Pepe es más conciliador, pues ha obrado la reconciliación de ambos mediante su propia obra.

Por estos años de estudiante de Medicina, Almeida nunca abandona del todo los lápices y los pinceles, aunque su particular diatriba entre la Pintura y el Dibujo está en su apogeo. Pinta ahora (1954) un curio-

so óleo (que puede verse en la exposición) con una técnica puntillista (siempre hay que ensayar nuevas técnicas) y un tema que pretende cohonestar surrealismo con expresionismo, Cristo con lo cosmológico. Esta obra, además, indica que Pepe, como todo pintor que quiere progresar con sinceridad en su camino artístico, tiene que pasar el sarampión del manierismo.

Almeida ahora se arrepiente de sus extremosidades teóricas, pero acierta en que el esqueleto de una obra pictórica es el dibujo. Ya no cree que la Pintura y el Dibujo sean adversarios sino complementarios, con predominio de la Pintura porque comprende y exige más elementos. Pero él, traumatólogo siempre, cree que es el Dibujo el que mejor manifiesta esa relación entre forma y función que es el fundamento de toda realidad figurativa. La estructura de la realidad. Y en esto también le echa una mano Zacarías González cuando dice: “Es más importante dibujar que pintar. Aun cuando se pinte, pues soy de la cofradía de los que creen que en una pintura (figurativa por supuesto) vale más la forma que el colorido”.

Apuntando de nuevo a la biografía del artista, conviene destacar que, según va dejando paulatinamente cometidos médicos, se va dedicando más y más al Arte. Si en 1999 abandona su tarea docente, entre 1999 y 2002 recibe clases de pintura y dibujo en la Escuela de San Eloy. Cuando se jubila del ejercicio total de la Medicina, en 2002, le falta tiempo para matricularse en la Facultad de Bellas Artes de esta Universidad. Y Pepe, como un clavo, como el alumno más bisoño, todos los días acude a clase, codicioso de nuevos saberes que incrementen sus cualidades innatas.

Ahora mismo, Pepe Almeida sigue pintando (faltaría más, otra cosa sería mancarse y él se pretende artista en toda su amplitud) pero sobre todo desde que ingresa en la Facultad de Bellas Artes se va de-

cantando más y más por el Dibujo pensándolo y realizándolo. Y si va cerrando el círculo que establece Juan Ramón. El Dibujo se le va despojando hasta llegar al desnudo de lo accesorio. Ahora el Dibujo es para Pepe la pasión de su vida, dibujo desnudo, suyo para siempre. El que traza continuamente, sobre el que piensa con acierto. Para él el Dibujo es “búsqueda

del sentido, persecución de la belleza, nostalgia del pasado, satisfacción de virtuosismo, expresión de un don natural”.

En la Facultad, “por imperativo legal” tiene que ensayar nuevas técnicas y nuevos modos (está aprendiendo, él que lleva toda la vida haciéndolo). Fruto





de este aprendizaje es un grabado (presente en la exposición) al agua-tinta: un autorretrato que es más interesante por la técnica que por la iconografía, por el parecido, porque nadie es profeta de sí mismo.

Ya jubilado de la Medicina y acabada su carrera de Bellas Artes, Almeida casi se profesionaliza de pintor y dibujante por la dedicación con que se entrega a los lápices de grafito y a los rotuladores finos. Dibuja continuamente con una asiduidad que tiene mucho de vocación y bastante de hedonismo porque disfruta desentrañando, por ejemplo, la forma de los edificios, la estructura de los cuerpos, sus dos grandes temas.

Casi siempre es la línea pura y sabia, que descubre estructuras y naturalezas. Pero en ocasiones le añade color. No es que ponga una vela a Dios y otra al diablo; lo que quiere es lograr esa fusión entre los que algún día consideró opuestos (Pintura y Dibujo) y ahora ve como complementarios. Lo que pretende con esas manchas de color es dar algo de prestancia a lo representado y de solemnidad a la representación. Pero sigue pensando que el Dibujo tiene que sintetizar abstrayéndose de lo accesorio para ir a la simplificación de las líneas y las sombras.

En resumen, podemos decir que Pepe, a quien gusta mucho Goya (faltaría más), ha hecho suyo el título de uno de sus grabados: “Aun aprendo”, y sigue con sus lápices y sus rotuladores (también a veces con sus óleos y sus acuarelas) con la ilusión de un neófito y la constancia de un obrero. Y cuando esté al partir la machadiana nave que nunca ha de tornar, se le encontrará con sus lápices y sus papeles, feliz porque sigue hablando el lenguaje con el que estrenó su singladura en el mundo, el Dibujo.

Repasando la obra de José Almeida enseguida se percibe que tres son los temas de su obra: el paisaje campestre, el paisaje urbano (los edificios históricos de Salamanca, sobre todo) y la figura humana, principalmente desnuda. Esta concreción de sus temas no supone pobreza mental ni pereza. Un solo tema puede ser infinito. Y magníficos pintores monotemáticos hay. Hemos dicho que la obra de Almeida tiene mucho, desde niño, de expresión personal y lo que ocurre es que es en estos temas en los que el pintor más se encuentra a sí mismo porque tienen justificación en su biografía. No olvidemos que el arte más sincero tiene que ser autobiográfico si por tal entendemos que tiene que ser expresión de la interioridad del autor.

Los paisajes campestres se deben a sus años de vida en el pueblo donde su padre trabajaba, luego en Béjar con sus abuelos y más tarde en el ejercicio rural de la Medicina. Los paisajes urbanos, en cambio, se deben a su nacencia, a su vida en Salamanca y a su talento de salmantino enamorado de su ciudad, a la que en sus años de jubilación ha dedicado horas y horas de dibujo y algún libro.

La figura humana es, por su parte, capítulo obligado en un médico al que desde siempre ha gustado mucho la anatomía humana y que se ha especializado en la estructura del cuerpo humano profundizando en la correspondencia entre la forma y la función de los elementos del cuerpo humano. No en vano, Almeida cree que dibujar es definir la estructura íntima de lo que se pretende representar. Cree también que es una respuesta, intuitiva ahora en él, de lo asumido durante años y años de ejercicio médico.

Este triple tema tiene, curiosamente, su concreción o su distribución matéricas, pues si los paisajes campestres aparecen sobre todo en sus óleos o en paisajes de vistas amplias (algunas vistas de Salamanca), los paisajes urbanos (los edificios históricos de Salamanca) y las figuras humanas (los desnudos) son representadas casi con exclusividad mediante el dibujo con o sin color.

Esta posible polarización tiene también su explicación. Es una opinión meramente personal de quien esto escribe, pero éste cree ver que, en los paisajes al óleo, Almeida se recrea, se ve libre y disfruta de la libertad porque las formas pueden ser las que él quiera y las líneas pueden dominarse a placer (un árbol es multiformemente infinito y un monte es indefinidamente polimorfo, pero un cuerpo humano no). El paisaje es, incluso, para Almeida, la forma de acercarse a lo abstracto. Por eso, yo creo, pinta paisajes al óleo cuando quiere imponer su real gana. Por

eso –creo también– los paisajes de Almeida tienen un agradable regusto expresionista, con el expresionismo de la libertad gozada, con el expresionismo de sentirse, de alguna manera, él también inserto en el paisaje. Quizá estos paisajes de campo no son, en el fondo y para Almeida, más que una forma de bucear en sí mismo, mediante el afecto que los paisajes le suscitan. Ya Virgilio, el poeta latino bucólico, decía que “había lágrimas en las cosas”. A este sentimiento de paisaje responden, creemos, los paisajes de Pepe Almeida, paisajes sentidos y vividos, paisajes con regustos autobiográficos.

Los paisajes urbanos, ya dibujados linealmente y aderezados de color, son para Pepe (y ahora con total claridad) testimonio y expresión de amor. Por testimonio estos dibujos tienen que ser fieles a la forma de lo dibujado, pero también deben trasuntar el afecto del pintor por ellos, tienen que lograr un equilibrio entre el concepto primario (la forma auténtica del edificio) y el modo de expresarlo (la expresión del amor del pintor por su ciudad, sentimiento que quiere transmitir al espectador).

Las figuras humanas, los desnudos, representan para quien esto escribe, la culminación no sólo de la capacidad dibujística de Almeida sino de su propio concepto del dibujo. Aquí el artista debe ser un ojo fiel y una mano más fiel todavía, tan fiel que, casi a ciegas, al primer toque, sea capaz de transmitir la exactitud elegantísima de las líneas del cuerpo humano. Aquí más que nunca el dibujo debe de ser, y lo es en los lápices de Almeida, el resultado de lo que previamente se conoce interiorizadamente, el resultado manual de un conocimiento, el diálogo entre lo que se ve y lo que se sabe. Almeida pinta así los desnudos porque los reconoce. Aquí Almeida, el profesor médico, une docencia y mano, explicación y realización. De nuevo Zacarías González: “Un buen dibujo es como una buena explicación. Pocas palabras, pero justas; pocas

líneas, pero exactas”. Como en estos desnudos. Lo decía también Leonardo da Vinci: “Sólo puede dibujarse bien aquello que se conoce bien”.

Como dibujante, Almeida admira y se vincula con los dibujantes más gestuales (quizá con Van Gogh, pero también con los dibujantes de línea más clara y nítida (Agustín Redondela, por ejemplo) y por los más exactos (los desnudos de Martínez Novillo).

Vamos a convenir, por lo que vamos viendo, que el buen dibujo exige algo así como “mente profunda y mano certera”. Cree el que esto escribe que esto se cumple en la obra dibujística de Almeida. Por un lado, se inclina por el trazo rápido y de una vez, pero por otro ha meditado ampliamente sobre la esencia del dibujo, que no es otra que la captación de la verdadera estructura de la naturaleza de las cosas.

El trabajo de fin de carrera de José Almeida en la Facultad de Bellas Artes fue un proyecto de dibujo donde pone los cimientos de lo que será su libro “Salamanca monumental” y medita muy pausada y certeramente sobre el ser del Dibujo. Se nota que ha leído mucho y ha reflexionado mucho sobre el Dibujo, como proceso mental y como realización manual, o como interiorización de la realidad y posterior “realización” de esa realidad.

En ese trabajo, Almeida resume que el Dibujo es una particular conjunción de dos elementos: técnica e inspiración. Pero estos dos elementos se consiguen mediante un elaborado proceso de búsqueda de la idea que se quiere representar, de interiorización, de reflexión conceptual. Este proceso no se establece si antes no hay en el artista capacidad de observación y de percepción. Una vez que esa conceptualización existe y está trufada en el artista auténtico de emoción, llega el momento de la realización, que puede ser puramente gestual si se ha producido acertadamente esa interiorización. Dibujar, en definitiva, es

descubrir. No hay, piensa Almeida, materialización sin conceptualización. Pero, además, añade Pepe, hacen falta habilidad, práctica, adquisición de hábitos y destrezas. Cuando todos estos factores se unen, se produce esa instantánea de inspiración que es el buen dibujo, ese buen dibujo que tiene la obligación de ser mejor que el blanco del papel, ese dibujo que, al ponerse negro sobre blanco, hace que manchar el papel no sea una profanación o un ultraje de su blancura. Puestos a lo serniano (de Ramón Gómez de la Serna) podríamos decir que el dibujo es el rayo instantáneo de una tormenta interior largamente formada

Como se ve, Pepe Almeida ha meditado muy profundamente sobre la esencia del dibujo. Y de esta meditación brota su forma de dibujar, que él pretende gestual, entendiendo por gestualización la plasmación inmediata del concepto con total libertad. En esta gestualización la mano es ágil y ligera porque está munida perfectamente por un completo equipamiento mental. Pepe anhela que su dibujo sea gestual, espontáneo, un apunte rápido que capte la esencia de la forma. Pero eso no se logra sin un bagaje mental rico. Y lo logra sobre todo con sus desnudos.

Almeida estriba la calidad de su dibujo en que es capaz de lograrse con trazos rápidos que insinúen más que representen, porque así la esencia de la forma se manifiesta pura y desnuda. Con lo que Pepe está más contento de su obra es, precisamente por lo que venimos diciendo, con los apuntes contra reloj y a mano alzada que hacía en la Facultad de Bellas Artes. En ellos la conjunción de mentalización completa y laboriosa y de realización momentánea y espontánea se ve más patentemente.

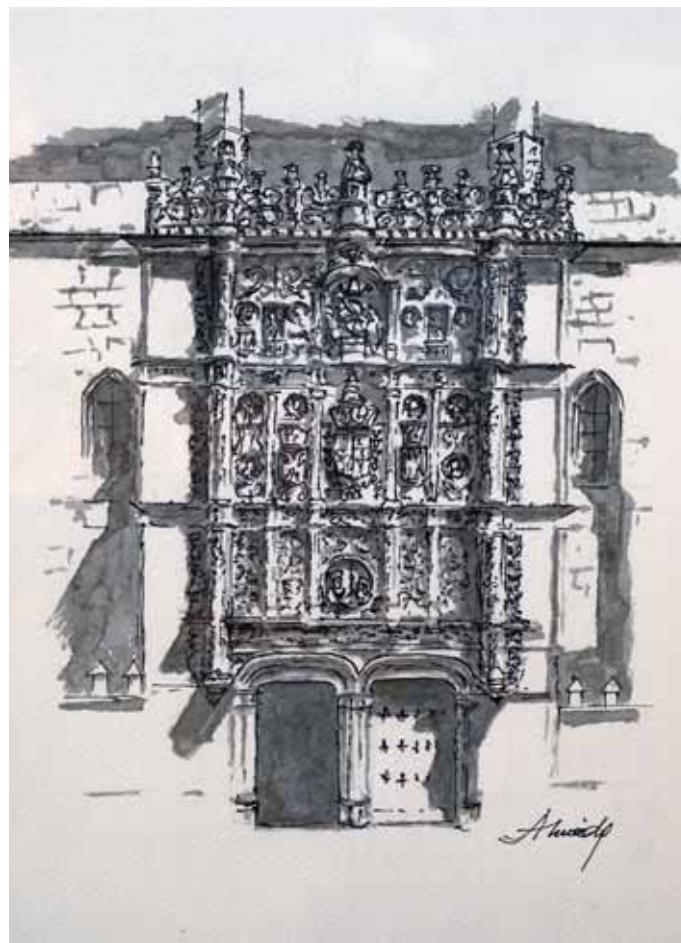
Proponemos ahora una prueba: Elija el espectador de estos dibujos, sobre todo de los desnudos, el que quiera de ellos, y vea si se puede captar una figura con mayor sencillez, si se puede expresar la energía de un

movimiento o la laxitud de un reposo con tan pocas líneas. Esta eficaz sencillez es la prueba del nueve de los buenos dibujos. O la prueba del algodón, como se prefiera, porque de manchas (aunque certeras) estamos hablando en el dibujo.

En esta exposición se muestran también algunos libros de viaje o cuadernos de campo, o libros de artista, como se les quiera llamar, que nos aclaran la manera dibujística de Almeida, al menos para los dibujos de monumentos salmantinos. Los ha recorrido durante años, y los ha mirado ahora con la intencionada vista de un futuro dibujo. Tras esto, dibuja con tinta el contorno para delimitar formas. Logra así un dibujo de líneas claras que enriquece luego con manchas de aguada en un laborioso proceso de posterior secado y prensado para luego seguir añadiendo líneas complementarias y nuevos colores y secando y prensando de nuevo.

Las aguadas, aunque se reconocen complementarias son también objeto de una selección cromática previa que las limita a los sienas, los ocre, las tierras calientes y los azules. Así complementan sin desafinar la sobriedad de las líneas. Pero en el caso de los desnudos aportan algo más que su complementariedad. Las manchas en estos casos, casi siempre monocromáticas valen para escenificar la figura, para convertir un cuerpo en una persona y su circunstancia o su ambiente, para convertir una figura en individuo porque le ofrece un escenario.

Pepe Almeida, médico jubilado y artista que no se jubila. Para él habrá indudablemente una tarea post-positiva. Seguirá dibujando y bien que hace y que lo hace. Cicerón, en su libro *De Senectute* (Sobre la vejez), decía que la vejez debe estar ocupada y no preocupada y ponía el ejemplo de Catón el Censor que aprendió a tocar la flauta a los setenta años. El maduro (maduro en el arte, juvenil en sus impulsos



artísticos) Pepe Almeida no ha descubierto la pintura ahora, pero se ha entregado a ella de nuevo (la misma afición, más tiempo libre) con la pasión de un neófito y la constancia de un artesano. Es un afortunado para el que el Arte es más que afición, es pasión y entrega.

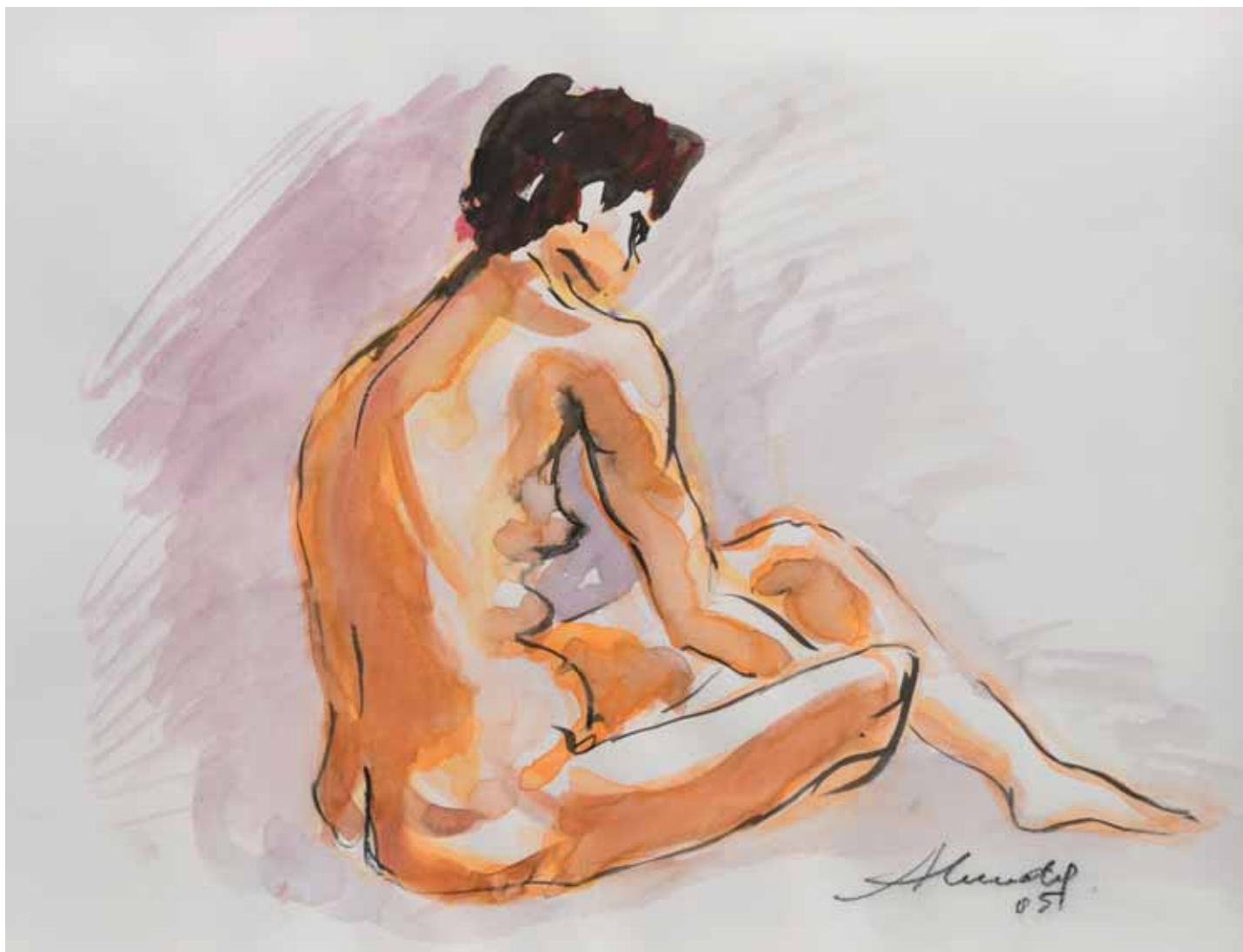
Hablamos al principio de don José Almeida dibujante, médico y dibujante. Unamos los términos. Almeida es jubilado y profesional del Arte. Por eso, cuando coge el lápiz o el pincel mata dos pájaros de un tiro: por un lado se divierte creando y por otro ha encontrado la eficacia terapéutica, energética, pro-biótica (ponga el lector todas las palabras esdrújulas

sanadoras que quiera) del Arte. Por eso también está haciendo una lectura distinta del famoso adagio latino “ars longa, vita brevis” porque seguro que el Arte le proporcionará luenga vida. No sería el primer caso.

Y terminamos estas líneas con una anécdota. Se cuenta que Paul Gauguin enseñaba un día sus cuadros a alguien, quizá un crítico. Cuando el crítico le pidió que le enseñara sus dibujos, el pintor se negó:

“¿Los dibujos? De ninguna manera. Los dibujos son los secretos de los pintores”. En esta exposición, don José Almeida Corrales, dibujante, médico y dibujante, nos ha mostrado sus dibujos, toda su obra. Y es de agradecer.

RICARDO LÓPEZ SERRANO



BOCETO PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA

Nací en Salamanca, el 1 de mayo de 1931, en el seno de una familia modesta, cuando mis padres se preparaban para celebrar el “*día del trabajo*” y comer el típico hornazo en el campo. Carezco de antecedentes universitarios; mis abuelos eran uno carpintero y el otro cantero.

Mi padre, cuando yo tenía poco más de dos años, se trasladó a Gomecello, un pequeño pueblo de La Armuña, cercano a Salamanca, a trabajar de contable en una de las fábricas de harinas del pueblo. Allí pasé mi infancia, que fue feliz, y tuve la suerte de tener un maestro excepcional, don José Marcos Martín, que supo transmitirnos una sólida formación que nos sirvió de base para acceder holgadamente a los estudios de bachillerato. Prueba de su valía es que, tratándose de un medio rural y en los calamitosos años de postguerra, salió más de media docena de universitarios, algunos de los cuales disfrutaron de un gran prestigio en su vida profesional.

Desde niño ya mostré una clara aptitud para el dibujo, pues “garabateaba” cualquier papel que caía en mis manos, por lo que obtenía siempre las máximas calificaciones en esta asignatura, y evidenciaba una temprana inclinación hacia las Bellas Artes.

En 1942 comencé el Bachillerato en el Instituto Fray Luis de León de Salamanca, que finalicé en 1949, tras superar en junio el entonces temido Examen de Estado, popularmente conocido por *La Reválida*.

El curso 1949-50 fue, para mí, “un curso en blanco”, que califico no solo de rocambolés sino de esperpéntico y propio de una novela de Valle-Inclán. Yo quería ser arquitecto y por consejo de un tío político, a la sazón jefe de contabilidad de Hacienda, me matriculé en la Facultad de Derecho para poder cumplir con el servicio militar obligatorio en las Milicias Universitarias, a la vez que preparaba unas oposiciones para ingresar en el Cuerpo de Contadores del Estado y, así, suponiendo que consiguiese plaza en Madrid, poder cursar los estudios correspondientes en la Escuela Superior de Arquitectura.

¿Esperpéntico, o no? Afortunadamente me suspendieron en el segundo ejercicio, porque, de haber superado los tres de que constaba la oposición, no hubiese sido médico ni, por supuesto, arquitecto.

De 1950 a 1956 estudié Medicina con gran aprovechamiento, aunque sin extraordinaria brillantez académica (las matrículas de honor eran para los hijos de los médicos). De mis profesores guardo un especial recuerdo de cuatro catedráticos: los Profesores Piniés (Patología General), Arce (Pediatria), Casanovas (Oftalmología) y Granjel (Historia de la Medicina), aunque de ellos solo éste último residía en Salamanca. Entonces no era infrecuente “el guadalajarismo”, como se conocía a la práctica de ser funcionario en un sitio residiendo en otro; en este caso, ser profesor de la Universidad de Salamanca y residir fuera de la ciudad del Tormes.

Durante la licenciatura, desde el principio, me sentí atraído por la Anatomía y, a partir del cuarto curso, por la Cirugía, y especialmente en ambas, por el estudio del aparato locomotor. Me pregunto si esto podría estar

relacionado con la arquitectura: y, yo pienso que sí. El sistema músculo-esquelético no deja de ser la estructura o el almacén del cuerpo humano y no cabe duda de que exista una correlación innegable entre la forma y la función, tanto en la obra arquitectónica como en la morfología y la estructura del aparato locomotor.

Parece que ya entonces tenía claro cuál iba a ser mi destino en la Medicina, pues, al iniciar el periodo clínico, sin encomendarme a nadie, un buen día en que regresaba de clase a las dos de la tarde subí las empinadas escaleras de un edificio ya desaparecido de la Plaza de España donde se anunciaba la *Clínica de Traumatología del Dr. Ferrer*, y le comuniqué a éste mi deseo. Don Miguel Ferrer me aceptó encantado, y no solo me inició en el “arte de arreglar huesos quebrados” sino que, como él mismo decía frecuentemente, “me envenenó de arte”. Gracias.



Simultáneamente asistía como alumno interno voluntario a la clínica quirúrgica del profesor Moraza y ya, una vez licenciado, quedé vinculado a su cátedra como Profesor Ayudante de Clases Prácticas. Esta fue mi primera experiencia docente.

Tras cumplir los meses de prácticas como sargento de complemento en Valladolid, un poco decepcionado por el futuro que me esperaba en Salamanca, en enero de 1958 me marché a ejercer la Medicina de familia a un pueblo de Extremadura, Alcuéscar (Cáceres), con la idea siempre presente de formarme algún día en la especialidad de Traumatología.

Verdad que ese propósito debía de estar fuertemente arraigado en mí porque, a pesar de que en ese pueblo no solo conseguí éxito profesional temprano, sino que establecí lazos de gratitud y afecto con la mayor parte del pueblo (lo prueba el hecho de que dedicaran una calle nueva con mi nombre). Y lo más importante: allí, también encontré a Charo, la que hoy es madre de mis ocho hijos.

En 1960, tras aprobar las oposiciones de Médico de Asistencia Pública Domiciliaria con plaza en propiedad en Fuente del Maestre (Badajoz), con el fin de “tener cubiertas las espaldas, por si venían mal dadas”, me marché a Madrid para formarme en Cirugía Ortopédica y Traumatología con uno de los grandes maestros de la especialidad: el doctor Hernández-Ros. Don Antonio, que tal era su nombre, a la sazón Profesor Jefe de Servicio en el Gran Hospital de la Beneficencia General del Estado, hoy Hospital de la Princesa, fue para mí como un padre y quién me transmitió un estilo y un modo de entender la especialidad que he mantenido a lo largo de toda mi práctica médica hasta la jubilación.

En febrero de 1963, concretamente el día de San Valentín, abro mi consulta en Salamanca, en la calle de Sol Oriente (así, sin más: sin ningún apoyo económico) como “pionero”, especialista exclusivo en Cirugía Ortopédica y Traumatología, con el natural asombro de mis compañeros cirujanos generales que no concebían “cómo se podría vivir solo de los huesos”, y con el rechazo de un catedrático, chapado a la antigua, que consideraba su “patrimonio” todo el amplio campo del saber quirúrgico. Ese mismo año me caso en Cáceres, el día 30 de agosto, con Charo.

Había realizado los cursos monográficos del doctorado durante mi estancia en Madrid y, al recalar en Salamanca, el profesor Genis Gálvez, me abrió las puertas de su Cátedra de Anatomía para realizar la tesis doctoral, que versó sobre “*El desarrollo de las extremidades y sus malformaciones congénitas. Un estudio experimental en el embrión de pollo*”. Fue un trabajo de investigación muy celebrado, que alcanzó general beneplácito y difusión, y que mereció el Premio Extraordinario del Doctorado de 1965 y el primer *Premio de Investigación Dr. Guillermo Arce*, convocado por la Sociedad Castellano-Astur-Leonesa de Pediatría.

Este trabajo me familiarizó con el estudio y el método científico, a la vez que me “enganchó” para la docencia; los tres pilares fundamentales que constituyen la base sobre la que se asentó mi quehacer profesional: la clínica, la docencia y la investigación. En esa etapa conocí al profesor Luis Santos del que aprendí a dibujar en la pizarra y a uno de mis mejores amigos, el profesor Agustín Ríos, sacerdote y hematólogo, fallecido recientemente y, también, a un brillante alumno que con el tiempo sería catedrático de Bioquímica y rector de la Universidad de Salamanca: el profesor Enrique Battaner.

Puedo decir con toda modestia, plenamente convencido de la responsabilidad que entraña el ejercicio de la profesión de médico y docente, que siempre he procurado ejercer mi cometido con sentido común y solvencia, a

pesar de que, como humano que soy, no haya estado libre de “errores y fallos” que siempre he procurado evitar y, en la práctica, he tenido la fortuna de poder disfrutar de un prestigio social nada desdeñable. A pesar de todo ello me costó mucho tiempo y sinsabores entrar en la Universidad, lo que conseguí, primero en el Hospital Clínico como Jefe de Sección de Cirugía Ortopédica y Traumatología, en 1977, por concurso de méritos, y al año siguiente, en 1978, como Profesor Adjunto de Anatomía, por concurso-oposición nacional.

En 1981 me declararon incompatibles el puesto de profesor adjunto de Anatomía con el de jefe de sección de Traumatología y Ortopedia del hospital, con el pretexto de ser áreas de conocimiento diferentes y, por “eso”, y las frecuentes guardias que yo llevaba tan cuesta arriba, opté por pedir la excedencia voluntaria del puesto asistencial, el día 1 de abril de ese mismo año.

En 1984 gané, también por concurso-oposición convocado en 1982, la plaza de Profesor Titular de Cirugía Ortopédica y Traumatología de la Universidad de Salamanca (la primera de la especialidad que se convocaba en España). Pero cuando voy a tomar posesión se me responde que no existía la dotación por haber pasado al *pool* nacional de las *Pruebas de Idoneidad* para ingresar en el Cuerpo de Profesores Titulares de Universidad: una “prueba extraordinaria” a nivel nacional, no presencial, convocada por la Administración socialista.

Al fin conseguí tomar posesión de la plaza en octubre de 1985, un año más tarde de ganar la plaza, y solicito simultáneamente el reingreso en el Hospital Clínico como Jefe de Sección en situación de excedencia voluntaria; lo que se me deniega, alegándose la no existencia de plazas vacantes de la misma categoría. Por ello entablo un recurso, primero en el Juzgado de Trabajo, que gano en primera instancia, y es recurrido por la Administración y, además, presento una demanda contencioso-administrativa. Tras trece años de litigio, el Tribunal Superior de Justicia de Castilla y León dicta sentencia a mi favor, en 1998, aunque con la plaza vinculada a “especialista de área”, de categoría inferior a la que gané por concurso nacional.

Cansado de ser solo “profesor de pizarra” y de considerarme degradado en el puesto asistencial, solicito la jubilación voluntaria a los 67 años, tras haber sido el único miembro de la candidatura a Rector del profesor Battaner que resulté elegido en 1994 como representante de los profesores titulares en la Junta de Gobierno de la Universidad, presidida por el Rector Berdugo. Al considerarme inerme y abandonado por la Universidad en la defensa de mis reivindicaciones, dimito como representante de los profesor titulares en la Junta de Gobierno el 28 de noviembre de 1995.

Unos años más tarde, tras jubilarme como profesor de la Universidad al finalizar el curso 1998-99, dispongo de más tiempo libre y, dos días a la semana, acudo a las clases vespertinas de Dibujo y Pintura que se imparten en la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy, durante los cursos 1999 al 2002. El día 1 de enero de 2002, ansioso por satisfacer un deseo largamente frustrado, me jubilo del ejercicio de la medicina liberal para “dedicarme al arte”.

Esta es mi atribulada historia académica; no obstante, mi espíritu universitario sigue tan vivo, por no decir más, que cuando era joven, convencido de la excelencia de la Universidad, pero no tanto de las personas que la dirigen y representan.

Mi vida como médico-cirujano, colegiado “en ejercicio”, condicionada por todo lo que antes he expuesto, ha estado ligada al Hospital General de la Santísima Trinidad donde he ejercido en exclusividad hasta el 31 de enero de 2001, salvo los cuatro años que estuve vinculado al Hospital Clínico Universitario (1977-1981). Son casi 40 años

de ejercicio de la medicina como especialista del aparato locomotor y de formación de especialistas en Salamanca, algunos de los cuales han sido jefes de servicio: los doctores Sánchez Gallardo, Andrés González y Elías Corrales, de hospitales de Madrid, Albacete y Cuenca, respectivamente.

El Hospital de la Santísima Trinidad ha sido mi “segunda casa”. En él he sido jefe del Servicio de Traumatología de la Beneficencia desde 1967 hasta que se completó la entrada en vigor de la Ley General de Sanidad, en la última década del siglo pasado; director médico desde 1982 hasta 1988; y patrono de la Fundación del Hospital, una vez ya jubilado, desde febrero de 2005 hasta diciembre de 2006, en que dimití por discrepancias con la política del Patronato del hospital. Desde que me jubilé de toda actividad médica, el 1 de enero de 2002, me reúno una vez



por semana en la cafetería del hospital con algunos de los que fueron mis colaboradores para tomar café y comentar algún caso clínico.

A partir de entonces, he podido satisfacer una de mis frustraciones, o una “asignatura pendiente”: dedicarme al estudio y la práctica del Dibujo y de la Pintura. A tal fin, realicé el examen de ingreso en la Facultad de Bellas Artes, en 2002, que logré superar en la convocatoria de junio, y obtuve la Licenciatura en 2007. El *Proyecto fin de carrera* lo realicé en la asignatura de Dibujo, bajo la dirección del profesor Fernando Segovia, con las máximas calificaciones.

El contacto con los compañeros de la Facultad de Bellas Artes ha sido muy fructífero, ya que, además de contagiarme de la vitalidad juvenil (ya muy desgastada en mí por los avatares de la vida), me he sentido uno más de ellos, hasta el punto de que todos, sin excepción, me llamaban *Pepe*. He aprendido mucho viéndoles pintar o dibujar, simplemente, en clase; mucho más que con las “lecciones magistrales” de algunos profesores, la mayor parte de ellas trasnochadas. He sentido revivir esa sensación de compañerismo puro, sin los celos o malicia inherentes al prestigio social que proporciona el ejercicio de la Medicina en una sociedad eminentemente competitiva. En resumen, ha sido para mí una experiencia muy provechosa; yo diría que inolvidable, no solo desde el punto de vista de mi formación artística, sino desde una perspectiva humana, lo que es mucho más importante.

Finalmente, como dato anecdótico, quiero resaltar que, en esta etapa de mi segunda licenciatura, no sé si por la edad o realmente por la “vocación” (inclinación natural para realizar una actividad que apasiona, o para aquella que se reúnen unas cualidades especiales), puedo decir, con toda modestia, que he tenido un expediente brillante: más que el de la licenciatura de Medicina. Y ese brillo lo achaco, bien a la responsabilidad inherente a la edad, o bien a la benevolencia de los profesores, compañeros míos de claustro. Quiero pensar que esto sea así por el primer supuesto. En cualquier caso, siempre estaré muy agradecido a mis profesores por sus enseñanzas y atenciones.

En 1954 presento mi primera obra en una exposición colectiva de la Universidad, en el “*Comedor Universitario Tito Blanco*”: un óleo titulado *Solo*.

En Octubre de 2006 realizo mi primera exposición individual de dibujos y pinturas en el Aula *Alfonso X El Sabio* del edificio histórico de la Universidad, con motivo de las Bodas de Oro de mi Promoción de Medicina (1950-56).

En 2007 expongo con otros dos compañeros de la Facultad de Bellas Artes (Concha Beltrán y Rodrigo Alonso), en la Galería *Reyes Católicos*, y vendo varias obras.

Desde 2009 participo asiduamente en la *Exposición bienal de DARARTE* a favor de la O.N.G. *Manos Unidas*, con una obra de arte.

En 2014 participo en la exposición colectiva de la Sala del palacio de Garci Grande de Caja Duero, organizada por el Colegio de Médicos de Salamanca con motivo de su 120º aniversario.

PREMIOS Y DISTINCIONES

- 1956 Finalista del *Premio Dr. Cañizo* al mejor alumno de la promoción 1950-56 de la Facultad de Medicina de Salamanca, por elección de los condiscípulos.
- 1963 Miembro de la Sociedad Española de Cirugía Ortopédica y Traumatología.

- 1965 Premio extraordinario de doctorado de Medicina y Cirugía.
- 1965 Primer *Premio Dr. Guillermo Arce de investigación*, de la Sociedad Castellano-Astur- Leonesa de Pediatría.
- 1972 Miembro de la *Société Internationale de Chirurgie Orthopédique et de Traumatologie*.
- 1973 Miembro fundador de la Sociedad Castellano-Leonesa de Cirugía Ortopédica y Traumatología.
- 1976 Segundo Presidente de la Sociedad Castellano-Leonesa de Cirugía Ortopédica y Traumatología (Trienio 1976-1979).
- 1976 Miembro de la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas. Discurso de ingreso, el 8 de abril: *Visita apasionada a la Salamanca románica*, que fue contestado por el doctor Sanabria Escudero, médico pediatra con ejercicio en Mérida (Badajoz).
- 1983 30 de abril. Homenaje del municipio de Alcuéscar (Cáceres) e inauguración de una calle nueva con mi nombre, por petición popular.
- 1994 Representante de los Profesores Titulares de Universidad en la Junta de Gobierno de la Universidad de Salamanca (curso 1994-95).
- 2002 Miembro de Honor de La Sociedad Castellano-Leonesa-Cántabro-Riojana de Ortopedia y Traumatología.
- 2002 Miembro del Consejo de Administración de la empresa GRUPOSA, S. A., editora del periódico *La Gaceta* de Salamanca.
- 2004 Primer Premio de Pintura convocado por el Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Salamanca con motivo de la *Fiesta Anual del Médico* por la obra *Catedrales*.
- 2006 Patrono de la Fundación Gaceta.
- 2006 Miembro del jurado de los Premios de Pintura del Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Salamanca y de la Fundación Gaceta.
- 2009 Colaborador habitual de la revista *Salamanca Médica* en “El desván de arte”.
- 2012 Autor del libro *Salamanca Monumental. Vivencias gráfico- literarias*. ISBN: 978-84-96603-86-8. Editado por la Fundación Salamanca Ciudad de Cultura y de Saberes.
- 2015 Miembro de honor del Centro de Estudios Salmantinos (CES). Discurso de ingreso, el 16 de diciembre de 2016: “*El Hospital General de la Santísima Trinidad. Sus orígenes, evolución histórica y desarrollo*”. Contestación a cargo del presidente del CES. Doctor Jesús Málaga Guerrero.
- 2016 Colegiado de Honor con medalla de oro del Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Salamanca.
- 2016 Libro: *Salamanca monumental-Vivencias gráfico-literarias*. 2ª edición corregida y aumentada. Gráficas Lope. Salamanca.
- 2016 Libro *El Hospital General de la Santísima Trinidad*. ISBN: 978-84-86820-37-7. Serie Minor del CES. Gráficas Lope. Salamanca.
- 2017 Contestación al discurso de ingreso en el Centro de Estudios Salmantinos de Fernando Mayoral Dorado. ISBN: 978-84-86820-38-1 *MIRADAS DE BRONCE. La obra escultórica de Fernando Mayoral Dorado*. Serie Minor del CES. Gráficas Lope. Salamanca.

JOSÉ ALMEIDA CORRALES

OBRAS

*El dibujo se parece a la realidad;
la realidad no se parece a los dibujos.*

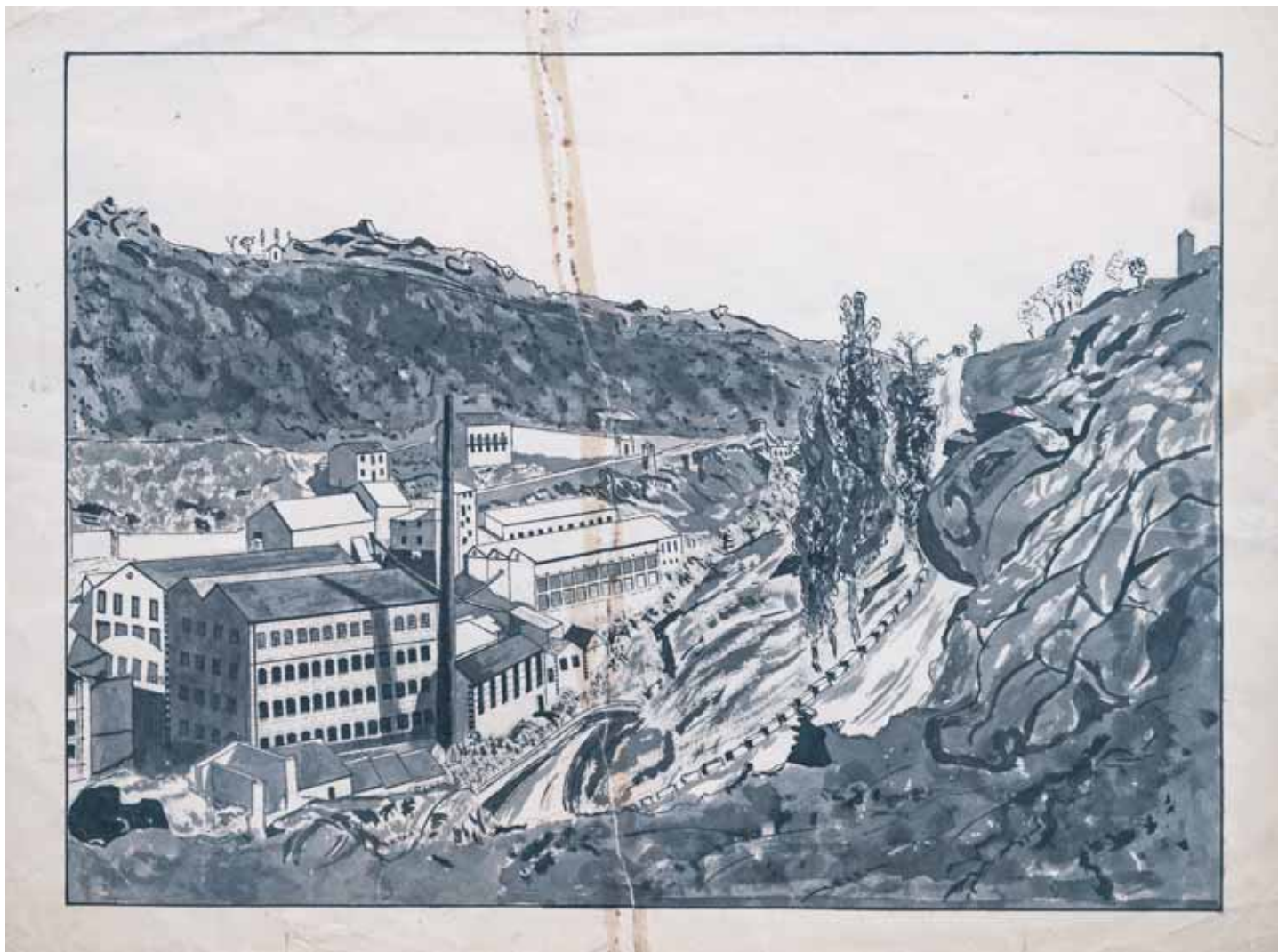
Gombrich



Ermita de Santa Lucía del Trampal, Alcuéscar | Óleo | 146x114 cm



Olivos | Óleo | 100x81cm



Fábricas de Béjar, 1946 | Aguada | 43x32 cm



Solo, 1954 | Óleo | 45x37 cm



Día de La Jira en Alcuéscar | Óleo | 146x114 cm



Homenaje al VIII Centenario | Grabado | 90x70 cm



Profesión y afición | Óleo | 74x61 cm



Torreón de Úrsulas | Óleo | 54x46 cm



Catedrales | Óleo | 64x49 cm



Catedrales | Óleo | 54x45 cm



Catedrales | Óleo | 100x81 cm



Catedrales | Óleo | 54x41 cm



Salamanca | Óleo | 72x60 cm



Alameda | Óleo | 100x71 cm



Paisaje | Óleo | 100x71 cm

APUNTES DEL NATURAL











Fonseca | Acuarela | 40x29 cm



Plaza de Anaya | Acuarela | 39x27 cm

